

de excitarle por orgullo á que hiciese el recuento de su pueblo, lo cual costó la vida á setenta mil hombres en tres dias de epidemia ¹? ¡Tal fué entónces tu celo por Israel; y ese es el que afectas hoy por mí! En cuanto á esas tribus cautivas, ellas mismas labraron su desgracia, pues abandonaron á Dios para adorar el becerro de oro, los ídolos de Egipto, Baal y Astarot, y los de todos los pueblos vecinos. Además de esto imitaron sus crímenes, que excedían en perversidad á los de otros pueblos paganos; no habiendo implorado con arrepentimiento al Dios de sus padres, murieron impenitentes, dejando una raza que se les asemeja, que no se distingue de los Gentiles sino por una vana circuncision, y que rinde á Dios un culto confundiéndole con los ídolos. ¿Cómo he de pensar en devolver su independéncia á esas tribus, que una vez libres volverían sin vacilar, sin humillarse, sin arrepentimiento y sin conversion, á buscar sus dioses de Bethel y de Dan, como un antiguo patrimonio? No; que sigan esclavizadas por sus enemigos, puesto que adoran ídolos con su Dios. Sin embargo, es posible que al fin (Dios sabe cuándo), acordándose de Abraham, se inclinen á un arrepentimiento sincero por alguna vocacion milagrosa; y que se abran paso á través de la multitud de Asirios, cuando se dirijan alegres y presurosos á su país natal, así como en otro tiempo cruzaron sus padres el mar Rojo y el Jordan al encaminarse á la tierra prometida. Yo abandono su porvenir á la Providencia.»

Así habló el verdadero Rey de Israel, contestando con dulzura al Enemigo, de un modo que burlaba todos sus artificios, como sucede siempre cuando con la verdad se combate la falsa.

(1) Habiendo mandado David verificar un censo de la poblacion de Israel, llevado de un sentimiento de vanidad, irritóse el Señor, y á fin de castigarle, dióle á escojer entre el hambre, la persecucion de sus enemigos ó la peste. David eligió esta última, y en tres dias perecieron setenta mil personas.

LIBRO CUARTO

ARGUMENTO

Persistiendo Satan en tentar á nuestro Señor, muéstrale la imperial ciudad de Roma en el apogeo de su pompa y esplendor, como potencia que pudiera preferir á la de los Partos; y dice que con la mayor facilidad podría expulsar á Tiberio, devolver á los romanos su independéncia, y hacerse dueño, no solo del imperio, sino tambien de todo el mundo, incluso el trono de David. El Salvador contesta, manifestando su desprecio por el poder y las grandezas mundanas; censura la pompa, la vanidad y el libertinaje de los romanos; demuestra cuán poco merecen recobrar la libertad que habian perdido por su mala conducta; y termina refiriéndose á la grandeza de su propio reinado futuro. Desesperado Satan, y para encarecer el valor de sus dones, declara que únicamente los otorgará á condicion de que Jesús se prosterne ante él y le rinda culto. Nuestro Señor manifiesta su indignacion con firmeza, aunque moderadamente, al escuchar proposicion semejante; y reprende con severidad al Tentador, diciéndole que está condenado para siempre. Humillado Satan, intenta justificarse; apela despues á otro género de tentacion, y proponiendo á Jesús el premio de la sabiduria y del talento, muéstrale el celebrado templo de la antigua literatura, Atenas, sus escuelas, los ilustres maestros y sus discípulos, haciendo al propio tiempo un encomiástico panegirico de los músicos Griegos, poetas, oradores y filósofos de las diferentes sectas. Jesús le contesta demostrando la vanidad é insuficiencia de la decantada filosofia gentílica, y manifiesta preferir á la música, poesia, elocuencia y didáctica poética de los Griegos, la de los inspirados escritores Hebreos. Irritado Satan al ver defraudadas todas sus tentativas, censura la inconsideracion de nuestro Salvador en rechazar sus ofertas; y prediciéndole los padecimientos que debe sufrir, despues de ridiculizar su esperado reino, condúcele de nuevo al desierto, dejándole allí. Llega la noche: el Enemigo hace estallar una espantosa tormenta, procurando, además, alarmar á Jesús con tremendos sueños y terribles espectros, que sin embargo no causan impresion alguna en el Salvador. Una hermosa y serena mañana sucede á los horrores de la noche: Satan se presenta de nuevo á Jesús, y refiriéndose particularmente á la tempestad de la víspera, toma motivo una vez más para ultrajarle, enumerando las penalidades que debe sufrir. Nuestro Señor se limita á reprenderle; y entónces, en el colmo de la desesperacion, el Enemigo confiesa que habia vigilado con frecuencia á Jesús desde su nacimiento, expresamente para descubrir si era el verdadero Mesías; y que coligiendo que probablemente lo seria, por lo acontecido en el Jordan, habiale seguido desde entónces más asiduamente, con la esperanza de alcanzar alguna ventaja sobre él, lo cual probaria hasta la evidencia que no era en realidad la Divina Persona destinada á ser su «fatal enemigo.» Reconoce que hasta entónces ha sido completamente derrotado; pero que está resuelto á someterle á una prueba más. Así diciendo, le conduce al templo de Jerusalem, y colocándole en la punta de la más elevada torre, le intima á que pruebe su divinidad, bien sosteniéndose allí, ó precipitándose sin sufrir daño alguno. Asombrado Satan, y confundido al ver que Jesús permanecía inmóvil, cae de pronto, y reaparece entre sus infernales cómplices, á quienes da cuenta del mal éxito de su empresa. Los ángeles, entretanto, conducen á nuestro Señor á un hermoso valle, y mientras les sirven celestiales manjares celebran su victoria con un himno de triunfo.

Perplejo y turbado por el mal éxito de su tentativa, el Enemigo permanecía inmóvil, sin que su artificioso espíritu le dictase contestacion alguna, despues de haber sido descubierto su engaño, y tantas veces defraudadas sus esperanzas. Aquella persuasiva retórica que dulcificaba su lenguaje, cuando tan fácilmente sedujo á Eva, parecía faltarle entónces y haber perdido toda su fuerza. Bien es verdad que Eva no era más que Eva. El que habia dominado á esta con su gran superioridad, veíase á su vez burlado y sorprendido, por no haber sabido apreciar mejor de antemano la fuerza que trataba de combatir y la suya propia. Semejante al hombre que, habiendo sido considerado ántes como sin igual por su destreza,